



HISTORIAS DE MATAR AL DRAGÓN

¡DESPERFECTO!

--

CAPÍTULO I

Monstruo

v1.1

Estimados “testers”: Muchas gracias por coparse en leer esto. La idea es que, al finalizar, puedan decir si les gusta, y si harían algún cambio. Qué sensación les produjo.

[Ver blog.](#)

¡Si detectan algún error, por ejemplo ortográfico, anoten!

Las palabras en alemán que dice Von Deema son transitorias.

Manden críticas, quejas y demás a
libro@gamedesignla.com

¡Esperamos que les guste!

Un siglo después

***L**as aguas golpeaban la roca. En lo alto del acantilado, bajo la luz tubular del faro, la tumba yacía con la dignidad de un monumento: en silencio, solitaria y cubierta de margaritas. A menudo, alguna liebre brincaba por la tapa de hierro. Era una pieza labrada con símbolos algebraicos, un tanto perdidos entre el descuido. En aquellos tiempos, casi nadie podría entenderlos.*

Por encima del sepulcro, el cielo rodaba cargado de tormentas. Y todo hubiera seguido así por varios siglos, de no ser porque esta mañana una sombra hendía las nubes.

La tierra tembló.



Crónica del fin del tiempo

De cuando el poco lúcido y muy anciano profesor Tremebundo emprende un viaje peligroso y encuentra otros viajeros que van hacia allá.

Morir es algo que le sale bien a todo el mundo. Pero morir con estilo es otra cosa. Hay que ponerle creatividad, talento. O un ser horrendo que te ayude. Este estaba bien. Tenía burbujas de ojos blancos, un pelaje acuoso y un montón de patas. Las láminas acorazadas del dorso latían como un corazón. Las garras, que iban envolviendo la cabeza del profesor, eran de un largo hipnótico. Hurgaban en sus orejas, en la boca. Parecían de algodón. Peludas. Sabor a caramelo. A chocolate. A whisky. Toda una muerte con estilo.

—¡*Vade retro*, hereje! —Gritó el viejo, aunque sólo le salió algo parecido a «hmmgggff». Estaba a punto de tragarse los postizos.

El enorme insecto iba a comérselo. Al menos, pensó, le susurraba palabras tranquilizadoras. Un bicho educado. Aunque eso no cambiaba el final de la historia. Odiaría morir sin dientes. ¡Más aún, no podía morir! La vida de todos los seres de la tierra estaba en sus manos.

—Para qué estudié y me esforcé tanto. Qué manera estúpida de terminar mis días. No debí quedarme dormido...

—Hey, *freund*, no debió quedarse dormido —oyó, antes de perder el conocimiento.

Abrió los ojos y lo primero que vio fue el resplandor de una fogata y dos botas enormes. Estaba en el suelo.

—¿Quién...? —Se sentó. Le dolía cada hueso. El lugar era un campamento modesto. Y el sujeto que estaba cerca, además de botas, tenía cuerpo y parecía ocupado en asar una rata. A su lado había una pequeña criatura, que el profesor identificó como una niña humana. Lo observaba con los ojos brillantes y la diminuta boca muy fruncida.

—Calma, *großvater* —dijo el cocinero—. *Du* se salvó por un pelo. Esa cosa se fue aullando apenas le di un golpe.

—Gracias.

—Soy Lukas Von Deema. ¿Qué anda haciendo en este *schrottplatz*?

El profesor buscó con la mirada, alarmado. Las pilas de chatarra oscurecían el cielo, una gran tela negra agujereada de estrellas. Su carro no estaba a la vista, por lo que el sujeto no lo había encontrado. El libro estaría a salvo.

A los quejidos, se puso de pie. Esperó unos segundos y se sintió mejor. Así que dio otro paso, y todo volvió a ponerse negro.

Esta vez despertó sobre un lecho de cañas. No eran confortables, desde luego. Algunas incluso habían decidido clavarse en sus flacas carnes. A un lado tenía un trasero y, a continuación, las botas de Von Deema. Le estaba dando la espalda, pero su falta de modales quedaba justificada por las ataduras. De paso, el profesor descubrió que también estaba amarrado.

—Bien. ¿Y ahora qué pasa? —preguntó.

Era una fosa. Arriba había un cielo con algunas nubes muy blancas, y a poco asomaron dos piernas larguísimas. Eran de una mujer de piel morena, o eso le pareció al profesor, que mucho no veía sin su monóculo. ¡El monóculo! ¿Dónde estaba? Hurgó con la lengua y encontró sus dientes, lo que le trajo un poco de alivio. De paso, y para su sorpresa, logró liberar un brazo.

—¡Idiotas, no tienen nada de valor para mí —gritó la mujer—, debería dejarlos para las ratas y seguir con lo mío!

La risotada de la tipa estremeció al viejo, y las astillas de las cañas aprovecharon para torturarlo. Es lo que suelen hacer las astillas.

—Esto ya no puede ponerse peor —dijo el profesor.

Como unos parientes maleducados, la explosión llegó sin avisar. La chica voló sobre el pozo, perseguida de hierbas y polvo. Un bramido metálico llenó el aire, completado por el tableteo de la metralla.

Por gloriosos cinco minutos, el agujero allá arriba fue un festival de relámpagos y ruidos ensordecedores. Desde el pozo era como estar en la primera fila de un teatro, pero esperando el estallido de una bomba. Cuando las cosas se calmaron, un humo negro y aceitoso cubrió el pequeño cielo circular.

En la penumbra, Von Deema se hacía el dormido. Estaba cubierto de tierra. El profesor compuso la garganta.

—Y yo me llamo Honorio —respondió, aunque un poco tarde—. Honorio Tremebundo de la Mano Ruidosa —y agregó—, para servirle.

Pero Von Deema no se movía, y el viejo llevó sus pensamientos a otros lugares. Por ejemplo, al espacio feliz y cálido de su estudio en la Universidad del Buen Ayre. En otoño, el sol entraba generoso por los grandes ventanales. A Tremebundo siempre le había gustado contemplar el campus. Los aprendices estudiaban tirados en el césped, o paseaban con los libros abiertos, lo que sin duda les provocaría dolores cervicales.

Libros. Añoraba su colección. En el estudio había abandonado más de tres mil ejemplares. Preciosos objetos de todos los tamaños y colores. Tres mil pequeños hijos que había cuidado con esmero durante toda su vida. Se preguntó si estarían bien, si ellos también lo extrañaban. Algunos eran sus nietos, herencia del abuelo Tiburcio Tremebundo de la Mano Ruidosa. Otros eran propiedad de la biblioteca.

Tremebundo levantó su mano. La del abuelo Tiburcio. Una exquisita pieza de relojería que, aun con la poca luz que llegaba al pozo, parecía reflejar una luna dorada. Cerró el puño. Los diminutos engranajes estaban quietos desde hacía semanas. El viejo suspiró. Hubiese querido regresar a la universidad, a refugiarse entre sus adorados manuales y tratados sobre la antigua tecnología y los tipos de té.

Es difícil de creer, pero cuando uno cambia de lugar, y debe elegir si lleva consigo esto o lo otro, lo más difícil de dejar atrás son los libros. Podrías olvidarte de las otras cosas, incluyendo las fotografías, la ropa, las máquinas. Pero los libros cuestan, porque no se trata solo de manojos de cartón, papel y tinta. Las palabras, todas juntas, forman espíritus, tienen una vida propia que se une con las personas. Por eso los libros tienen dueño, y no conviene prestarlos.

—*Freund* —llamó Von Deema—. Tenemos que salir de aquí.

Tremebundo trató de rodar, pero las astillas no tenían ganas. Cambió de idea con un quejido. *Estoy viejo para estos trotes*, pensó. Arriba, el cielo redondo empezaba a despejarse. Deseó que la muchachita salvaje que habían visto antes del ataque de los Desperfectos hubiese sobrevivido. No se imaginaba cómo podrían escalar el foso. Por otra parte, muy posiblemente las astillas estarían en desacuerdo.

Vio de reojo que Von Deema hacía esfuerzos por ponerse de pie con las manos y piernas atadas. Parecía una oruga enorme. El profesor permaneció inmóvil mientras la luz se extinguía y las primeras estrellas llegaban como viejas curiosas a mirar en el pozo.

La noche era fría. Los prisioneros habían logrado avances. Von Deema ahora estaba sentado, con la espalda apoyada en la pared del foso, y el profesor había llegado a un acuerdo de caballero con las astillas: si él no se movía, ellas tampoco. En verdad, ambos hombres tiritaban, con su juicio muy lejos de la cruel situación. La mente de un prisionero tiene esa habilidad. Si no puede contar con el cuerpo, se va lo mismo y ya. Von Deema pensaba en un problema juvenil que implicaba válvulas, ampollas cerradas al vacío y presión. Tremebundo había regresado a sus libros otoñales.

Eran conscientes de que pronto morirían de hipotermia o, si lograran sobrevivir hasta la mañana, la inanición haría el trabajo. De casualidad, ninguno había comido el día anterior a su captura, lo que complicaba un poco el asunto de aguantar vivos.

De tanto en tanto, y sin saberlo, los dos pensaban en la rata que estaba asando Von Deema justo antes de que el suelo se abriera bajo sus pies. Era en esos momentos cuando se podía escuchar el lamento de tripas y cuando más frío hacía.

—*Lieber Professor...* —Von Deema se había presentado como un ingeniero autodidacta y estudioso de las máquinas del Termonúcleo. Estaba recorriendo el desarmadero en busca de piezas perdidas. El Bosque de Lata era un lugar magnífico para encontrar chatarra antigua que, en manos de un conocedor, podía revelar su utilidad. Desde luego, en un golpe de fortuna, también podía hacer rico a su descubridor. Existía un jugoso mercado negro de tecnología ilegal. Y casi todo lo que provenía de antes de la gran guerra era ilegal, a menos que estuviera en poder de los Grandes Señores.

Tremebundo se disponía a responder con un pequeño ay, cuando percibió un destello rojo en el metal de la mano. Alzó la mirada. Había una silueta asomada al foso. Sin el monóculo y todavía oscuro era difícil tener precisiones, pero de todos modos se alegró. La chica aquella había sobrevivido a los aterradores soldados y, sin duda, estaba pronta a rescatarlos. Era un milagro.

—*Das Mädchen* —alertó el ingeniero. Cuando vio que el profesor no entendía, aclaró: —Es esa niña fea, *Professor*.

A continuación, algo pesado cayó en el suelo y sobre una pierna de Tremebundo, cosa que a las astillas les disgustó bastante. Deema pareció recibir un choque eléctrico de puro entusiasmo. Se dejó caer y empezó a arrastrarse hacia el objeto. Luego se lo pensó mejor.

—Tome la cuerda, *Professor* —pidió. Yo tengo las manos amarradas.

Tremebundo, apretando los postizos, rodó hasta tocar un extremo del objeto. En efecto, era una sogá y, en verdad, tenía un brazo libre para apresarla.

—La tengo —anunció con voz débil—. ¿Qué hago?

Para su sorpresa, la sogá se tensó. La chica estaba jalando con una fuerza inusitada. Tremebundo cerró la mano y soportó el dolor lacerante. En una eternidad de quince segundos, estuvo de pie, colgando como un jamón. El corazón quería salirse del pecho y las astillas protestaban enloquecidas. Se aferró para no perder el equilibrio.

—¡Arriba! —chilló, por poco botando los postizos.

—*Auf!* —chilló Von Deema, excitado, pero todavía en modo oruga.

Media hora más tarde, ambos hombres miraban el vacío, sentados alrededor de una fogata. Todavía tiritaban, pero seguían vivos. El amanecer auguraba un sol rabioso. Al menos, rumió el profesor, pronto entrarían en calor. Frente a ellos, la niña los miraba con el ceño fruncido. No había dicho ni una palabra, así que Tremebundo pensó que era muda o demasiado salvaje. O quizás todas las niñas tan pequeñas tenían esa actitud, no lo sabía. En la Universidad no estaban permitidos los infantes.

El Bosque de Lata era un lugar espléndido si uno estaba de muy buen humor y no tenía otro lugar donde ir. Las montañas de chatarra se elevaban a una altura ridícula, formando una especie de laberinto metálico a punto de derrumbarse. Ya estaba allí cuando la gran guerra estalló, y durante décadas había crecido a un ritmo saludable.

Nadie estaba seguro de la extensión que ocupaba el desarmadero, pero sin duda era enorme. Un paisaje de hierro oxidado, compuesto por pedazos de máquinas de toda clase. En especial, trastos de guerra. Mirando con cuidado las retorcidas figuras, podía notarse que estaban formadas por carcasas de viejos androides, robots utilitarios, cañones, ruedas dentadas, vagones, fragmentos de vehículos, rieles y otras piezas im-

posibles de identificar, todo ello aderezado con tubos, mangueras, televisores antiguos y lámparas rotas. Parecía la obra de un artista de vanguardia. La fauna natural del desarmadero estaba compuesta en su mayor parte por distintas especies de rata desértica, cucarachas de tamaño generoso y algún que otro bicho sin clasificar.

El Bosque de Lata era célebre por asustar a los niños. La amenaza materna más popular era enviarte a dormir allí si te portabas mal. Al Bosque le encantaba tener esa fama, y hacía esfuerzos por parecer cada año más retorcido, más marrón y más peligroso, aunque en verdad apenas cambiaba cuando tenía un derrumbe o alguna zona cedía un poco bajo las toneladas de hierro y polvo.

Había predicciones aterradoras en las que el Bosque se ponía de pie y marchaba a destruir Ciudad Diesel, que estaba relativamente cerca, y otras que contaban las aventuras de los valientes que lo visitaban para cazar bestias mutantes o, en casos más livianos, para tener alguna aventura amorosa lejos de las miradas indiscretas. Diesel en verdad era un pueblo, y ya se sabe que en los pueblos nadie está a salvo.

Tremebundo y Von Deema observaban el entorno. La pequeña niña dormía un poco más atrás. El sol había alcanzado el cenit, levantando oleadas de aire caliente. Se podría decir que la cosa era insoportable. Estaban a la sombra de unas ruedas de hierro enormes —el profesor no podía imaginar a qué aparato de pesadilla habrían pertenecido— pero aun así sentía que el faltaba el oxígeno. Aprovechaba esa situación para no hablar de sus asuntos. El ingeniero no le parecía de fiar. Andaba buscando piezas para vender, así que era prudente mantener el carro lo más lejos posible.

Por supuesto, estaba teniendo éxito. Ni siquiera él mismo podía asegurar en qué dirección era el escondite. Las callejuelas del laberinto carecían de formas reconocibles para el ojo del turista.

—Habrà que esperar a que disminuya el calor —dijo Von Deema—. Y luego urge buscar agua, *Professor*. Mi equipo quedó arruinado.

El ingeniero miró en dirección a un montón de chatarra y trapos quemados que había a unos veinte metros. Los Desperfectos eran monstruos condicionados para destruir todo a su paso. No dejaban nada sin romper, triturar, aplastar y matar.

—Es muy extraño que esos dementes estén interesados en el *schrottplatz* —continuó Von Deema—. No hay nada aquí para ellos, salvo que anden buscando a alguien.

Se volvió hacia Tremebundo con los ojos convertidos en ranuras oscuras. El viejo cambió de tema:

—Quizás estén persiguiendo a un fugitivo, pero no soy yo —mintió.

—Hay algo curioso en esta escena. Mire usted, *Professor*. Allí, cerca de la pared opuesta. ¿Ha visto esa pila de restos negros?

Tremebundo no distinguía mucho más lejos que el lugar donde había estado el campamento de Von Deema, ahora destrozado. Para colmo, las moléculas de aire se movían como locas. Pero asintió con la cabeza. ¿Encontraría su querido monóculo?

—Era un Desperfecto de los grandes —siguió Von Deema—. ¿Es posible que estuvieran luchando entre sí?

—Sería realmente muy raro —coincidió el profesor—. Nunca escuché una historia de ese tipo.

Tremebundo se sobresaltó. Por el rabillo del ojo había visto que Von Deema miraba con insistencia su mano mecánica. Sin duda, era una pieza por la que pagarían una pequeña fortuna en el mercado negro.

—Es una pena —dijo el ingeniero, desviando la mirada hacia el cadáver calcinado—, que haya usted perdido todos los *mäuse* que llevaba.

El viejo le había contado que estaba en el Bosque de Lata para capturar especímenes sin clasificar y estudiarlos en la universidad. ¡Idiota! Había confesado sin querer que tenía un carro.

—¿Viajaba usted en un vehículo, *Professor*? ¿Algo que pudiera servirnos para salir de aquí?

Von Deema era de esos tipos que insisten hasta obtener lo que quieren. Pero no era sensato confiarle el carro. Allí guardaba la única herramienta que tenía para salvar a la Humanidad. Bueno, no es que fuese un gran proyecto, pero le daría pena que la vida dejara de existir.

El profesor abrió la boca para contestar algo, aunque no sabía qué. Así que dijo:

—Nop.

De pronto, la sombra se extendió hacia la callejuela, pasó por encima de los restos del campamento y cubrió la pared opuesta. Von Deema y Tremebundo se miraron con el ceño arrugado. ¿Acaso estaba nublándose? Que supieran, nunca llovía en el Bosque de Lata. Claro que la copiosa herrumbre que reptaba por todas partes podría indicar que era otra de las leyendas que contaban en Diesel.

Los dos hombres se adelantaron para mirar el cielo. Pero ya no había cielo. Lo que vieron les enfrió el cuerpo al instante.

—¡Es el Termonúcleo! —jadeó Von Deema, regresando a cubierto.

Un dirigible flotaba sobre la callejuela. Era una máquina cubierta de agujas de bronce, de las que pendían largas banderolas negras con el símbolo de la tiranía que gobernaba el mundo. Varias hélices —y, posiblemente, algún tipo de magia— impulsaban la nave sin emitir el rumor ca-

racterístico de los motores a vapor. Los monstruosos globos solían merodear entre los rascacielos de la ciudad del Buen Ayre, atiborrados de Desperfectos y, en general, aterrorizando a la gente con su sola presencia. Rara vez se habían visto sobrevolar la insignificante Ciudad Diesel, ni mucho menos un desarmadero.

—Si ese monstruo está aquí, seguro que los Desperfectos siguen en la zona —murmuró Tremebundo. No había que ser un genio para entenderlo. Estaba frito.

Von Deema le puso una mano abierta en el pecho para que retrocediera y se cubrió la boca con el índice. A lo lejos, vieron tres siluetas que asomaron sobre la pila de chatarras. Se tambaleaban como borrachos.

Las horribles criaturas, llamadas Desperfectos, eran psicópatas implantados con tecnología obsoleta. Iban vestidos con fracs y sombreros de copa, y lo que parecían paraguas o sombrillas. En general, lucían elegantes. Tremebundo arrugó la nariz para mejorar la vista y sintió una instantánea simpatía, pero era un error. Si se mirara de cerca un Desperfecto, podría apreciarse que la ropa estaba hecha jirones, los sombreros abiertos a la mitad, y los paraguas llevaban mucho tiempo como el ala rota de un murciélago. En realidad, los paraguas eran también bayonetas; armas de fuego con cuchillas a menudo herrumbrosas y cubiertas de sangre seca. Los Desperfectos no sentían ningún amor por el prójimo, más bien lo contrario. Algunos tenían tantos implantes mecánicos que costaba reconocerles algo de humanidad. En fin, unos locos de atar que el Termonúcleo secuestraba de los manicomios para convertir en soldados. Luego de la gran guerra, había descartado a la mayoría. Muchos aún vagaban por ahí, pero otros —los menos disfuncionales— eran usados para cuidar los intereses del régimen.

La niña se abrió paso, con la vista fija en el grupo de Desperfectos. Luego tomó una mano de Deema, otra de Tremebundo, y apretó los diminutos labios.

—La mocosa está asustada —advirtió el ingeniero, en voz baja. Las monstruosidades del Termonúcleo podían oír a grandes distancias.

Tremebundo se miró la palma. El artilugio permanecía en silencio.

—Debemos movernos —dijo—. La sombra nos protege, pero vienen en esta dirección.

—No es buena idea. El dirigible está justo encima. Ven todo con sus lentes de aumento y quizás llevan telescopios.

En otra torre de chatarra surgieron dos Desperfectos más. Estaban barriendo la zona.

—¿Y si volvemos al foso? —El profesor hacía esfuerzos en pensar a toda velocidad—. No nos vieron la última vez.

Deema hizo cálculos. Tendrían que correr al descubierto, con cinco Desperfectos al frente en posición elevada, una fortaleza aérea sobre sus cabezas y una niña de piernas cortísimas y mala cara. Casi imposible.

—Tendríamos una probabilidad de... —susurró, interrumpido por tres sujetos de frac que tocaron tierra a menos de treinta metros del escondite. Los paracaídas cayeron arriba de los Desperfectos, desinflándose como flores podridas. El dirigible estaba sembrando agentes por donde pasaba.

—¡Ahora! —gritó Tremebundo, lanzándose a la carrera.

El ingeniero se congeló de la impresión. Cinco segundos más tarde, alzó a la niña y echó a correr tras el profesor; quien, para ser honestos, no lograba alcanzar grandes velocidades. Rengueaba un poco.

—*Verdammt dumm!* —gritó, presa del pánico.

La pequeña estaba ahorcándolo con sus bracitos. Y como detalle, le hundía las uñas en el cuello. Era una niña fuerte, eso quedaba claro. Tenía el cabello largo, con mechones oscuros que se le metían en los ojos, pero Von Deema no tenía otra forma de proceder que librado a la ceguera y a sus piernas. El foso quedaba allá adelante, en algún lugar entre el malogrado campamento y los restos del Desperfecto. Como en una pesadilla, sentía que no se movía, pero sobrepasó en un suspiro al grupo de soldados, ocupados en quitarse la tela de los paracaídas. No les llevó mucho tiempo. Un par de segundos más tarde estaban apuntándoles con sus paraguas. Y en otro segundo, tenían los gatillos abajo.

Una lluvia de proyectiles barrió el suelo. Deema sintió la mordida ácida de una bala en el costado. No se detuvo. Por algo era ingeniero.

—¡Rápido, rápido! —gritaba el profesor.

Hubo un golpe y, a continuación, un estruendo. Una cosa dura impactó en la espalda de Deema, haciéndolo trastabillar. La pequeña saltó de sus brazos y rodó en el polvo. El hombre se derrumbó y, desde el suelo, vio a un nuevo y aterrador enemigo. Era un androide de guerra. Una máquina blindada casi dos veces mayor que los Desperfectos. También muy bonito: la carcasa de hierro lucía detalles en bronce con símbolos coloridos y un diseño robusto. *Una excelente pieza de ingeniería*, pensó. A su mente llegaron también otras reflexiones, por completo innecesarias: ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué su vida se estaba poniendo tan complicada? Supuso que el enorme robot había saltado del dirigible sin ayuda de un paracaídas. Aquello implicaba una buena y una mala noticia. La buena era que había aplastado a uno de sus compañeros, que yacía bajo las patas del monstruo. El brazo del psicópata había salido despedido hacia la espalda de Von Deema, una especie de saludo final entre camaradas. La mala era que el androide tenía una ametralladora

de alto calibre, y el cañón ya empezaba a girar como anticipo de la lluvia de plomo incandescente. Los otros dos Desperfectos, también derribados por el aterrizaje de la bestia, estaban poniéndose de pie. El androide disparó.

Los últimos instantes en la vida son muy valiosos. En términos de tiempo son insignificantes, pero la mente se las arregla para componer un *collage* de recuerdos. Las cosas que de verdad valen la pena aparecen entonces, una especie de presentación PowerPoint rápida que incluye fotos, videos y frases fuerza. Lukas Von Deema supo, en ese último momento, que su vida había tenido importancia para pocas personas. Y que quizás debió beber más cerveza. Por desgracia, los monstruos del Termonúcleo no parecían conmovidos.

Hubo una explosión. Todo se volvió rojo, amarillo y negro.

El profesor había seguido corriendo sin mirar atrás. Por esa razón, no supo el motivo por el que se elevó hasta después. Le pareció notable que, de repente, se encontrara moviendo las piernas en el aire. Vio la pared de chatarra acercándose a gran velocidad. Y le resultó muy doloroso cuando se estrelló. La pared lo habría recibido con los brazos abiertos, si hubiera tenido brazos. Sólo tenía carcasas de tanques y unos alambres que, por fortuna, no se le habían metido en las pobres carnes. Se aferró como pudo y comprendió, con desesperación, que los dientes postizos habían brincado en otra dirección.

Hubo más explosiones. El estruendo hizo temblar las pilas de chatarras, lo cual puso feliz al Bosque, que por fin tenía manera de justificar un par de leyendas. El viejo, agarrado como un simio a la pared, giró la cabeza para ver qué ocurría. El dirigible estaba dejando caer bombas de incendio. Las llamas cubrían la callejuela por donde había pasado, y todo era un caos de polvo y humo. Tremebundo sopló un quejido. Tendría que haber gritado de terror, pero todo estaba pasando demasiado rápido.

También estaba pasando Von Deema con la chiquilla en brazos.

—¡Huya, *Professor!* —gritó, perdiéndose en el laberinto.

El viejo se soltó de la pared y aterrizó con el trasero. Los fugitivos se habían metido en una grieta entre la chatarra. Con mucho esfuerzo, se puso en cuatro patas. Hubo más estallidos. Vio chispas saltando de la pared casi en donde había estado un momento antes. ¡Balas! Aterrorizado, rengueó tras el ingeniero.

—¡Mi dentadura, —aulló—, la he perdido!

En realidad, dijo algo parecido a «hmmgggff», pero de todos modos no había nadie para escucharlo. Avanzó tan rápido como pudo. Era un corredor interminable y no tan fácil de penetrar, pero en estos casos ayuda muchísimo el miedo. Allí el sol no tenía lugar, por lo que le pareció

un enredo oscuro hasta que se le acostumbró la vista. A sus espaldas, los estruendos no cesaban. Tuvo la terrible sensación de estar perdido.

—¡Por aquí, viejo inútil! —llamó una voz.

Bajo un cielo estrellado, el profesor asciende una duna. Es una noche helada. Va cubierto por mantas y lleva su galera bien encajada hasta los ojos, en uno de los cuales reluce un monóculo antiguo.

A lo lejos, en el valle, titilan las innumerables luces del Fuerte el Mar, un transatlántico semihundido en la arena. Es un vestigio del mundo antiguo convertido en refugio de criminales y salvajes. Territorio hostil incluso para el Termonúcleo.

—Pobres almas —dice, pero no hay nadie para escucharlo.

El profesor se detiene en el momento en que asoma la luna en el horizonte. El desierto se vuelve blanco. Levanta la vista hacia el firmamento. Casi puede distinguir la forma caprichosa de la criatura estelar, acercándose. *En cuanto descienda sobre la tierra, oscurecerá las estrellas. Abrirá un hueco en el tejido de la realidad. Y será tarde.*

Tremebundo no recordaba los detalles. Había gateado a oscuras por un estrecho túnel, igual que un ratón asustado. Izquierda, derecha, luego hacia arriba, mientras desde el exterior llegaban toda clase de sonidos alarmanes. Estaba seguro de haber aplastado cosas con muchas patas. Había escuchado chillidos y aleteos. Una auténtica pesadilla.

Reptaba tras la niña, supuso. Sentía rasguños y cortes, pero iba tan rápido como podía. Mientras movía brazos y piernas, libre de lumbalgias y calambres gracias a la adrenalina, de nuevo pensó en el abuelo Tiburcio. El viejo había luchado en los últimos días de la gran guerra. ¡Sí que era temerario! Un verdadero héroe de aquellos tiempos. Alto, distinguido, muy valiente. Con un gran bigote gris que le daba aspecto severo. En ese momento, hubiese querido ser como él. Pero la realidad era otra. Se parecía más a su padre, o sea todo lo contrario. Aurelio Tremebundo había vivido su vida como un simple comerciante. Sin una pizca de gallardía ni intenciones de cambiar el mundo. Jamás se hubiera lanzado a una aventura, por pequeña e inútil que fuera. ¡Mucho menos si la cuestión implicaba un monstruo colosal!

El profesor tenía la mirada absorta y esa imagen funesta lo devolvió al presente. Estaba a salvo. El mundo todavía tenía chances. El mundo, aunque no fuera gran cosa. Una pena que dependiera de un viejo débil y cobarde. Miró a su alrededor. Por primera vez en mucho tiempo, dudó de estar haciendo lo correcto. Llevaba años sin confiar en nadie, pero ahora no sabía qué hacer. Tal vez ocultando la verdad cometería el acto más irresponsable —y egoísta— de su vida.

—A lo mejor ya lo pefunté —se disculpó—, pefo ¿dónde eftamos?

Era una sala circular con paredes de piedra gris. El piso de madera estaba lustrado, había repisas con libros y pertrechos por todas partes. Pequeñas lámparas de aceite arrojaban una luz cálida. Bastante acogedor, comparado al paisaje habitual del Bosque de Lata. Despatarrados en frente estaban Von Deema y su pequeña niña. El ingeniero parecía adormilado y sujetaba todavía a la criatura, que lo observaba con curiosidad. Las diminutas llamas ardían en sus grandes ojos verdes. Un poco más lejos, una mujer se abrazaba las piernas. Unas largas piernas morenas. La joven que los había enviado al pozo, dedujo sin esfuerzo.

—Ah, se le pasó el raye —dijo, burlona—. ¿Ya habla, el nono? Estuvo temblando durante las últimas cinco horas.

Tremebundo no dijo palabra. Se sentía como si acabara de salir de la tumba. Era consciente de cada hueso, y todos le pedían atención. Se limitó a aguzar la mirada, en busca de detalles. La chica tendría bastante más de veinte años. Debía ser alta, a juzgar por las piernas interminables. Llevaba el cabello atado en una cola de caballo y un mameluco del color óxido característico del desarmadero. La nariz aguileña le daba un aire feroz. O eso pensó el profesor, que sin el monóculo no podía estar seguro de nada.

—Lo fiento —dijo—. Todo efto ef mi culpa.

Acababa de confesar, pero no recibió señales de sorpresa. Después de todo, era un anciano, y a los ancianos no se los toma en serio a menos que cobren una buena jubilación.

—Estamos en mi covacha —contestó la mujer, poniéndose de pie. El profesor vio que era tan alta como había imaginado—. El mejor bulín del Bosque.

—*Danke, Fräulein* —agradeció Von Deema, desde el suelo—. Sin su ayuda, no habríamos escapado.

El ingeniero miró a la pequeña niña, que seguía con los ojazos clavados en el viejo. Parecía enojada de nuevo. Tremebundo se restregó la cara, incómodo. Pensó en tomar un analgésico, pero los tenía en el carro.

Desde la óptica de Von Deema, el profesor se veía bastante bien, a pesar de los golpes y lastimaduras. No era calvo del todo, había una nube

de canas enmarañadas alrededor de su cabeza, donde destacaba una nariz larga y afilada. La ropa, un típico traje de ciudad, se había ganado la categoría de harapo. Un moño torcido colgaba todavía del cuello de la camisa. Llevaba un solo zapato. En el otro pie tenía una media a rayas verdes y amarillas, sucias de polvo de óxido. Más arriba, asomaba una rodilla con rastros de sangre. Era un anciano flaco y desgarbado. Se preguntó qué lo habría hecho abandonar la comodidad de Buen Ayre para internarse en los páramos del sur y terminar de cabeza en el desarmadero. Se fijó en el brazo mecánico, que había quedado a la vista porque la manga del saco estaba destrozada. Desde el hombro hasta la muñeca parecía una mecaprótesis común. Pero nunca había visto, en todos sus años dedicados a la tecnología antigua, una mano como esa. El metal parecía bronce, por el color, pero no estaba seguro que lo fuera. Los dedos eran largos y finos. En el dorso había un dibujo que parecía hecho con tinta. La palma mostraba un mecanismo extraordinario, una suerte de reloj, pero más intrincado. ¿Acaso era un arma? Tal vez no funcionaba, los pequeños engranajes no se movían. ¡Le encantaría pedirle la mano prestada al profesor para analizarla!

—Esto nunca había pasado en el Bosque —dijo la chica—. Y todavía no estoy segura de por qué los traje aquí. A propósito, me llamo Bambú.

Dos días más tarde, Tremebundo estaba hundido tras una pila de libros. El refugio de Bambú era tanto un hogar, bastante cómodo y resistente contra los cambios de temperatura del desarmadero, como una biblioteca repleta de ejemplares de todas las épocas. La chica había ido recogiendo todo libro y revista que encontraba en sus viajes por el Bosque de Lata, hasta formar una colección envidiable; algo inmunda, eso sí. Más de un erudito del Buen Ayre se daría una panzada con todo lo que había. El profesor estaba escandalizado por algunas lecturas.

Era seguro que muchas de las obras que guardaba Bambú estaban prohibidas por el Termonúcleo. Había tratados de medicina, de electricidad —una ciencia considerada mágica— y una cantidad abundante de volúmenes con planos y detalles del arsenal utilizado para la gran guerra. También tenía material sobre los atuendos y cortes de pelo de los viejos tiempos, celebridades que inflaban su cuerpo con sustancias exóticas, antes del despertar de la tecnología de implantes mecatrónicos, y numerosos estudios académicos sobre quién se acostaba con quién, cuántas veces y en cuál combinación y frecuencia. Oro puro para Tremebundo,

que podía calificar ese momento de su existencia como el más bello e intelectual.

Von Deema asomó la cabeza tras la pila de libros.

—*Professor*, disculpe la interrupción. La niña desapareció.

Tremebundo cerró el ejemplar que estaba revisando. Enseñaba a cocinar con ingredientes que ya no existían.

—¿La niña? No la he visto —dijo—. Y podría dejaf ufted de llamarla aff. ¿Acafo no tiene nombre?

Von Deema pareció confundido. Sacudió la cabeza y miró bajo el escritorio, un estupendo mueble de hierro del siglo pasado. De cerca, el ingeniero mostraba un rostro preocupado, con una colección de arrugas paralelas en la frente. Por debajo, las pobladas cejas negras daban paso a unos ojos pequeños y punzantes. Llevaba el pelo muy corto y un mameuco repleto de bolsillos con herramientas. Tendría unos cuarenta años. Las botas, lo primero que había visto de Von Deema, eran excesivamente grandes para su altura. Eso lo hizo pensar en el foso aquel y la pesadilla posterior que los había encerrado en la torre-hogar de Bambú. ¡Le pareció que habían pasado mil años! Pero sólo llevaban allí tres jornadas y, aunque el lugar disponía de todos los libros que quería leer el resto de su vida, era necesario seguir camino.

La chica se descolgó por el agujero del techo. Se entraba al refugio por un angosto túnel abierto por ella, pero también por uno de los ventanucos de la torre, porque todo el edificio estaba dentro de una montaña de chatarra. Desde lo alto había que bajar por una escalera caracol hasta la sala subterránea. El lugar había sido una especie de monumento, que Bambú convirtió en un lugar habitable con el paso de los años. La torre de piedra, como la llamaba, era el refugio ideal. Desde el exterior, según la chica, era muy difícil descubrir la entrada.

—Ninguna de las trampas sirvió —dijo, a modo de saludo— pero conseguí un par de bicharracos grandes. Tienen buen sabor.

Von Deema sonrió, aunque era un gesto forzado. Tomó los animales, ambos colgados de un gancho y atravesados por agujeros oscuros. El profesor sintió que el estómago acababa de presentar una queja oficial.

—Los asaré —dijo, pero miraba el suelo—. Creo que deberían buscar a esa *kleines Mädchen*. Es peligroso allá afuera y no sabemos si los Desperfectos se han retirado.

Luego fue por el corredor hacia la pequeña cocina que Bambú había construido en un rincón de la sala. Ella miró al profesor con las cejas en alto.

—No lo fé —abrió el libro de recetas—, fafece que la fiquilla no eftá.

—No me gusta esa piba. Vive ofendida, la muy asquerosita.

Sin embargo, en algún punto, Bambú se divertía. La enana salvaje le recordaba a sí misma. De chiquita también solía tener una expresión decidida y un aire falso de dignidad, que ahora le causaba gracia.

La chica se repantigó en un almohadón con aire aburrido. Era extraño. Mientras estaba afuera, se había olvidado de la pequeña.

—Disculpen —dijo, levantando el tono de voz para llamar la atención del ingeniero—. No es que no me caigan simpáticos, eh, pero, ¿cuándo piensan seguir viaje?

—Creo que ya podríamos —Von Deema estaba trozando la cena—. No hay rastros de los Desperfectos, ¿verdad?

Bambú había salido a revisar sus trampas hacía un par de horas y, como siempre, con o sin presas, regresó a la caída del sol. Conocía cada hueco del desarmadero en varios kilómetros a la redonda. Por lo general, nunca había visitantes, más allá de los ocasionales cazadores de baratijas. El resto del tiempo, los habitantes del Bosque de Lata eran las ratas, los murciélagos, las cucarachas —imposibles de erradicar de la torre— uno que otro cóndor de guerra, y el vecino; un tipejo que tenía un refugio no muy lejos de allí. El tipo era su único contacto con el mundo exterior. Bambú solía espiarlo. Pensó que hacía mucho ya que no venía al desarmadero. Sintió una punzada de remordimiento.

—Se fueron —confirmó—. El dirigible tampoco está.

Von Deema regresó de la cocina con un delantal a cuadritos y las manos en alto, como un cirujano.

—¿Vendrá con nosotros, *Fräulein*?

Bambú se sobresaltó.

—Esta es mi casa —dijo—. No tengo otro lugar donde ir.

Desde el escritorio, Tremebundo levantó la cabeza. Sin el monóculo, tenía que leer con la cara pegada a los libros.

—Pero está sola —insistió el ingeniero—. Es una mujer joven, *Fräulein*. La vida en las ciudades no es tan mala.

—Yo soy de Diesel —justificó ella—. Sé cómo es vivir en las ciudades. Von Deema se secó las manos en el delantal.

—Hay ciudades más grandes —miró a Tremebundo—. El *Professor* viene del Buen Ayre. Allí hay buenas oportunidades para alguien de su edad, Bambú. Tal vez pudiera acompañarlo.

—No foy a folfer a la fiudad —dijo el viejo—. Tengo cofas que hafer. Bambú se abrazó las piernas.

—¿Los Desperfectos estaban aquí por vos, Tremebundo?

La pregunta tomó por sorpresa al profesor.

—Creo que fuscafan alfo, fefo no tenfo idea qué —carraspeó.

—Esas cosas jamás vienen al Bosque —continuó la chica—. Una sola vez vi uno, hace años. Era de esos Desperfectos que caminan sin parar por todas partes. Estaba totalmente loco.

—No todos los Desperfectos están al servicio del Termonúcleo —dijo Von Deema—. Muchos todavía deambulan por los páramos.

—Este no tenía mandíbula, así que fue una conversación corta.

—¿Cómo se libró de ese monstruo? —Von Deema volvió a la cocina.

—Me limité a dejarlo pasar, pero terminó en una de mis trampas. ¡Como ustedes! —Bambú se echó a reír.

Todos rieron, pero Von Deema insistió:

—Es una pena, *Fräulein*. Hemos de seguir camino. Yo iba al Fuerte del Mar —abrió el horno y arrojó un leño—, pero ahora que perdí mis cosas voy a tener que volver a Diesel a reabastecerme. Quedo muy agradecido con su ayuda, y estoy seguro que también el *Professor*.

La niña surgió por el agujero del techo. Por un instante, Bambú la vio desplazarse por la pared, pero en realidad sólo había asomado la rubia cabecita. Tenía los ojos brillantes y, por primera vez, estaba sonriendo.

—Ahí estás, sabandija —saludó la mujer, poniéndose de pie para ayudarla a bajar—. ¿Dónde te habías metido? ¡Afuera es peligroso! Tu abuelo estaba preocupado.

Tremebundo apenas la miraba.

—No foy fu afuelo. Es la fija de Fon Feema.

—¿Ha vuelto? —el ingeniero apareció con el rostro aliviado. Fue hasta la pequeña a abrazarla—. ¿Qué traes ahí?

Ella le mostró las manos. Era una dentadura postiza. Se volvió hacia Tremebundo, de nuevo muy seria, y se la entregó.

Von Deema trepó hasta lo alto del refugio para observar los alrededores. La antigua torre estaba dentro de una montaña de hierros y engranajes gigantescos, pero había por dónde mirar. A través del ventanuco, el paisaje mostraba las dunas rojizas formadas por la chatarra del desarmadero y un cielo limpio de nubes. Diez horas atrás, el Bosque había estado sumido en una furiosa tormenta de polvo. Bambú tenía allí un par de binoculares forrados en cuero. Una piel dura, que todavía conservaba rastros de pelambre de un animal ignoto. ¡Valían una fortuna! Uno de los cristales estaba astillado, pero era mejor que nada.

Ajustó las lentes y miró a conciencia. No vio rastros de los Desperfectos. Habían pasado ocultos casi cinco días, en parte porque Tremebundo

necesitaba reponerse, también porque, de alguna manera, abandonarlo sería vergonzoso. Era un anciano. Toda una rareza en los páramos. Y estaba Bambú. El ingeniero se estremeció. La verdad es que podría haberse largado hacía rato. *Bueno, también me he encariñado con la nieta del viejo.* La chiquilla no cesaba de rondarlo. Era un mar de pelos negros, siempre con la cara tiznada y los ojazos como esmeraldas. Cuando estaba cerca, todo parecía mejor.

El ingeniero se preguntó si no sería hora de ir la ciudad, establecerse. Elegir un nombre interesante. Quizás tener una familia. Llevaba mucho tiempo errante.

—Por otro lado —murmuró—, lo he perdido todo.

Sus tesoros habían saltado por los aires durante el ataque del Termónúcleo. Resortes, tornillos, tubos de vacío, vidrios. Muchas piezas de reemplazo. No eran gran cosa, aunque en el Fuerte del Mar les hubiera sacado un buen precio. Sobre todo a los tornillos, que eran muy difíciles de encontrar. Suspiró. Si se estableciera en el Buen Ayre, o en algún asentamiento lejano, donde las familias del Arca no pudieran encontrarlo, podría dedicarse a las reparaciones. Era bueno con la tecnología antigua. Cualquier cosa que cayera en sus manos, fuera un reloj o un androide, volvía a la vida en cuestión de minutos. Si recuperara sus destornilladores y lupas, claro. Von Deema miró el piso un largo rato. ¡Estaba arruinado sin su caja de herramientas!

Volvió a escrutar el tembloroso paisaje de óxido. El calor aplastaba el desarmadero como un trasero gordo. Las tortuosas columnas y montañas de desechos de guerra, algunos de gran tamaño, eran un monumento al poder bélico de las antiguas naciones. Siempre le había parecido fascinante. Una tecnología con tantos misterios como para que nunca se terminara de saber cómo funcionaba el viejo mundo. Había visto cintas con grabaciones. Las personas eran felices, pero también vulnerables. La guerra había acabado con casi todo.

Avistó un cóndor en lo alto de una estructura retorcida, una especie de antena. Los animales también habían sufrido la catástrofe. La mayoría estaba extinta, y los que sobrevivían eran extraños. El ave que estaba observando tenía garras de metal y un collar de cables que se extendía hasta los ojos. Era un ejemplar que estaba vivo por obra de la tecnología antigua. Había servido como espía durante la gran guerra, y ahora estaba condenado a vagar hasta que fallaran los implantes. Se preguntó si también habrían enloquecido, como los Desperfectos.

A poco advirtió un movimiento entre las torres de chatarra. Enfocó los binoculares. El aire recalentado y la lente astillada conspiraban para molestarlo, pero consiguió identificar a la trémula figura antes de que

desapareciera. ¡Era Tremebundo! Se había metido en el laberinto que conducía a la entrada secreta.

Von Deema regresó al interior. La escalera caracol descendía hasta un agujero y había que saltar a la sala. Allí el ambiente era más fresco. La niña estaba durmiendo bajo el escritorio, en lugar de la camita que le había preparado con unas toallas. El ingeniero sonrió. Más que una nena, parecía una cachorrita. No había nadie más. Bambú a esa hora salía a revisar sus trampas. Y, para confirmar lo que había visto, Tremebundo no estaba. Apareció unos minutos más tarde por el túnel lateral, con el rostro húmedo y unas bonitas magulladuras nuevas.

—Bienvenido, *Professor* —saludó Deema—. Veo que se siente mejor.

El viejo se derrumbó en la silla. Tomó una revista con su mano mecánica y comenzó a abanicarse.

—Mucho calor —se lamentó—. Estoy mejor, así es. Ya me voy.

—¿Dónde viaja? Nunca le pregunté. —Deema volvió de la cocinita con una botella—. ¿Agua fresca?

—Sí, gracias. —Tomó un trago—. Vuelvo al Buen Ayre, a la universidad. Pensaba ir a visitar a un querido amigo, al sur de aquí, pero debo reponerme. Sé que había dicho que no volvería, pero...

—Lo acompañaré, si quiere, *Professor*. Tal vez yo también tenga cosas que hacer en la ciudad.

Tremebundo demoró en responder.

—Oh no, no hace falta —dijo—. Puedo volver solo.

Von Deema apartó un banquito y se sentó. Por un buen rato, ambos estuvieron en un silencio incómodo. La niña se despezó, rodó bajo la mesa y se puso de pie. Tenía las mejillas sucias y los pelos más revueltos que de costumbre. Von Deema notó que apenas le llegaba a la cintura y se enterneció.

—¿Irán caminando, entonces, por los páramos? —preguntó. Le parecía una locura. El camino estaba infestado de peligros de toda clase. Podías cruzarte con un convoy del Termonúcleo, hacer de almuerzo de los perros salvajes o meter la pata en una lechuga carnívora. Viajar entre los asentamientos era trabajo para baqueanos. Deema se había endurecido por su cuenta. Llevaba años en la zona, donde era difícil que lo encontrarán. En ese lapso había sobrevivido por instinto y, en buena parte, por suertudo.

Tremebundo lo miró con el ceño fruncido.

—¿A qué se refiere, señor? Me iré solo.

—Pienso en su nieta —Von Deema apuró la botella.

El viejo miró a la chiquilla, que tenía los ojos clavados en Deema.

—Pero si es su hija —se extrañó—. ¿Cómo...?

Ambos hombres enmudecieron.

—¿Cómo se llama? —Terminó de preguntar el viejo—. No lo recuerdo.

Von Deema miró a la pequeña niña.

—Creo que no tiene nombre —dijo, por fin—. Qué extraño.

—Bueno, pero debería tener un nombre —Tremebundo desvió la atención a uno de los libros que apilaba por decenas en el escritorio—. No es sano para una niña andar por ahí sin un nombre.

El ingeniero quedó absorto. Recordaba que había estado preparando la cena cuando Tremebundo llegó con la chiquilla. Pero claro, no era la nieta del profesor. No, no lo era. ¿Tal vez él mismo la había recogido por el camino? Poco después estaban cayendo de cabeza en la trampa de Bambú. Era común que un buen golpe te provocara amnesia temporal. Buscó los ojos verdes de la pequeñita, que, como siempre, parecía ocupada en enfadarse.

—Entonces —decidió—, la voy a llamar Tornillo.

Quando hay viento zonda en los páramos, el Bosque de Lata se llena de corrientes que circulan furiosas por las callejuelas y pasadizos. El aire caliente levanta el polvo de óxido y, si justo estás de paso, sobrevivir es cuestión de minutos. Por fortuna, los millones de toneladas de chatarra, acumulada a lo largo de los siglos, ofrecen refugio inmediato a los viajeros desprevenidos. Pero es fatal la demora. Las tormentas de polvo rojo convierten al desarmadero en un infierno. Las partículas van cargadas de electricidad estática, están hirviendo y transportan objetos cortantes, que son como políticos en miniatura armados con hojitas de afeitador.

—Después de una tormenta —dijo Bambú mientras engullía un pedazo de rata asada—, el polvo se asienta y se mezcla con la arena de los páramos.

Tremebundo, Von Deema y Tornillo alzaron la vista. Los tres exhibían mejillas abultadas y estaban mascando con fruición. Otro de los inconvenientes de las tormentas consistía en que era imposible salir de caza. Había que esperar a que las cosas se calmaran. Llevaban un día entero sin echar nada al estómago. Por otra parte, pasado el temporal, casi seguro que las trampas iban a tener más de una presa, porque los bichos huían también y las fosas —había decenas alrededor de la torre— resultaban un refugio seguro. Al menos, hasta que aparecía Bambú con sus lanzas y cuchillos.

—Y cuando hay mucho polvo y arena —continuó la chica—, es fácil seguir las huellas. Así que seguí las tuyas, Tremebundo.

El viejo tragó un bocado. Todos lo escucharon.

—He salido a estirar las piernas —se excusó.

—Encontré tu carro —dijo Bambú, cortando otro pedazo de carne. Comía de un montón negro que tenía una cola larga y chamuscada—. Muy bonito. Muchas cosas interesantes.

Tremebundo guardó silencio. Luego, miró a Deema. El ingeniero había quedado con el tenedor en alto. La cosa que tenía pinchada seguía ahí y tampoco se movía, como expectante. A su lado, la niña escudriñaba al profesor con muy mala cara.

—Lo siento —dijo el viejo—. Debí decirles que tenía un vehículo. Lo escondía porque es importante para mí —los miró, avergonzado—. Es muy importante para todos.

—¿Pensaba ocultarlo por completo, *Professor*?

—No sabía si confiar —Tremebundo estaba como un tomate, frase que tendría sentido si en esa época quedaran tomates—. Hasta hace poco, éramos desconocidos.

Bambú puso las piernas sobre el escritorio. La pila de libros tembló, ante la desesperación del viejo. Lanzó una carcajada. Ese día, tenía puestos unos pantalones cortos manchados de grasa.

—¡Todavía somos desconocidos! —Gritó, divertida—. Bueno, me llamó mucho la atención. Es un auto viejo, pero re lindo. Y, la verdad, no pude con la curiosidad. De metida que soy, abrí el baúl.

Von Deema miraba las piernas con los ojos muy abiertos. Estaban cubiertas de raspones y magulladuras. Aun así, le parecieron extraordinarias. El tenedor seguía en la misma posición.

—Tranquilo —siguió la chica—, no rompí la cerradura. Soy buena con esas cosas.

Tremebundo se agarró la cara. Parecía que acababa de caerle una roca. Soltó un quejido de angustia. A su lado, Tornillo gruñó.

—Quiero preguntarte un montón de cosas. Por ejemplo, ¿para qué sirve el aparato con las lupas? ¿Tiene que ver con tu mano artificial?

—No... no —balbuceó el viejo—. ¡Es difícil de explicar! Yo... no sé.

—Será mejor que nos cuente, *Professor* —intervino Deema—. Puede confiar en nosotros. Después de todo, queremos salir de aquí. Si el carro funciona, será más sencillo tomar distancia del Bosque.

Bambú engulló otro bocado de carne.

—Estaba casi invisible —dijo—. Asumo que lo escondió por precaución, ¿no? O porque lo venían persiguiendo.

—Eso explica la presencia del Termonúcleo —Von Deema pareció, por primera vez, malhumorado—. ¿Es así, *Professor*?

Tremebundo asintió. La pequeña fue a abrazar las piernas del ingeniero. Desde allí podía lanzar mejores miradas reprobatorias.

—Me he escapado de la universidad —dijo, tras tomar aire—. Y voy en busca del último titán.

Dicen las leyendas que, una vez que los titanes construyeron la ciudad de los magos, estos decidieron liberarlos. Al fin y al cabo, los consideraban animales más que autómatas y, para empeorar el asunto, el mantenimiento era muy costoso. Al parecer, poseían un cerebro animal, a menudo de caballo o delfín, criaturas hoy extintas. De esta forma, podían realizar tareas complejas y comportarse con cierta lealtad.

Así que los magos abrieron el corral, como quien suelta unos caballos salvajes, dejándolos merodear a gusto por los desiertos y yermos. Este tema siempre había escandalizado a los que, muchos años después, tenían la valentía de explorar la zona. No era sencillo creerse que uno estaba delante de una mole mecánica de decenas de metros de altura, y mucho menos si te pisaba.

El deambular titánico habría durado varios siglos. Los enormes constructores simplemente se quedaban sin energía. Mientras tanto, permanecían de pie o cada cierto tiempo se desplazaban, lo que generó toda clase de rumores que terminaron contándose en torno a las fogatas. Por ejemplo, que los titanes se sumergían en el mar o se adentraban en los yermos dependiendo del tipo de animal con el que habían sido creados.

En estos días, lo complicado es encontrar alguno. No parecen estar por ningún lado, aunque es verdad que los páramos y otros territorios pampeanos son muy extensos y nadie los exploró suficiente o pudo adentrarse bien hasta el sur, debido a las bestias y Desperfectos que perduran de la gran guerra.

Claro que esto de los titanes podría ser falso. El mundo está repleto de historias apócrifas.

Von Deema, Bambú y Tornillo escuchaban en silencio. El profesor les había contado una larga historia repleta de penurias. Llevaba años investigando en las profundidades de la biblioteca más vieja del mundo, por lo menos del mundo conocido. La UBA —Universidad del Buen Ayre— conservaba los ejemplares más raros y los incunables que no se habían evaporado durante la guerra del Termonúcleo. El acceso a los saberes

del mundo antiguo era para unos pocos elegidos, entre ellos Tremebundo. Luego de cuarenta años ejerciendo como profesor investigador, el viejo había huido llevándose un libro único.

—Ese manuscrito —dijo— no tiene valor fuera de la universidad. Pero revela la posible ubicación del titán. No debo perderlo.

Las miradas interrogantes de su audiencia lo hicieron suspirar.

—¿Y qué hará cuando lo encuentre, *Professor*? —preguntó Bambú, imitando el acento de Von Deema.

El viejo se encogió de hombros.

—Venderlo, por supuesto.

El ingeniero pareció más sorprendido que nunca.

—¿Venderlo, dice usted?

—Nos haremos ricos —aventuró Tremebundo—. Si me ayudan a encontrarlo antes que el Termonúcleo me caiga encima.

Sabido es que el sueldo de un profesor universitario apenas alcanza para comer. Y que cuando uno se hace viejo, comienza a plantearse de qué vivir. Las jubilaciones siempre apestaron, en cualquier época y lugar. No era el caso de los funcionarios del Termonúcleo, desde luego.

Tras un largo silencio, Deema volvió a hablar:

—Pero, ¿venderlo a quién? Se supone que es una máquina gigantesca.

—El Termonúcleo tiene muchos enemigos. Algunos pagarían más que bien por un titán. Y también —señaló a Deema— por adaptarlo para el combate.

El ingeniero negó enérgicamente.

—De ninguna manera me prestaría a eso —se quejó—. Los titanes, si acaso existen, son máquinas diseñadas para la construcción en gran escala. No para destruir.

El viejo sonrió.

—Pero, amigo mío, ¿acaso no se dedica usted a vender piezas en el mercado negro?

—Son partes mecánicas, cosas para reparar personas y máquinas. ¡No para desatar una guerra!

—Eh, Lukas —intervino Bambú, que escuchaba con atención—. El Termonúcleo se merece que le pateen el trasero.

—Bueno... eso es cierto —asintió Tremebundo—. ¿Qué dicen? Seremos socios. Con gusto compartiré las ganancias si me acompañan a encontrar el titán. Y luego les pediré que también me ayuden a desaparecer. Tal vez en algún pueblo alejado del Buen Ayre, donde pueda terminar mis días en paz.

Desnuda, Bambú emergió de la ducha y se concentró en desenredar el cabello. Von Deema la contemplaba desde la torre del refugio. Era tan esbelta como había imaginado, una visión fantástica a pesar de la nariz de cuervo y los raspones. ¡Ninguna tecnología podría replicar tanta perfección! La luz nacarada del desarmadero encendía el contorno de su piel. Pequeños arroyuelos caían por el vientre. De repente, Von Deema tuvo mucha sed.

—*Bambú* —llamó, con la voz ronca.

Sonriendo, la chica vino hacia él y acercó el rostro, todavía húmedo. Tenía un aliento de pesadilla.

El ingeniero abrió los ojos. Delante suyo, pegado a la nariz, había dos ojos verdes mirándolo fijo.

—Tornillo —saludó—. ¿Creo que nunca te has lavado los dientes?

La pequeña siguió con su técnica persuasiva hasta que Von Deema se sentó en la cama. Miró alrededor. La sala estaba vacía. Era temprano. La chica habría salido a revisar sus trampas, y el viejo seguro que andaba preparando el carro. Pronto sería la hora de abandonar el Bosque de Lata y cada quien seguiría con su vida. La idea le provocó pena.

Tornillo le tocó el rostro.

—Hoy partiremos, pequeña —le dijo, peinándola con los dedos—. Aunque, esta vez, no sé a dónde nos llevará el camino.

La situación le traía sensaciones de otros tiempos. Muchos años atrás, había abandonado un hogar. O algo que podría llamarse de esa manera. Era un antes y un después en su vida. Una decisión que había cambiado todo lo que vino a continuación. Desde ese momento, nunca se quedaba demasiado en ningún lugar. Escapaba. Perseguía tecnología antigua, la estudiaba, la vendía... para huir.

Bambú, en cambio, se resistía a dejar el Bosque de Lata. Había algo que la ataba al pasado. No se atrevió a preguntar qué. A Deema le costaba establecer vínculos. La chica había dejado claro que jamás iba a abandonar el refugio. Aunque era obvio que se sentía sola. La noche anterior, cuando ella creyó que todos dormían, la había escuchado hablarle a una nana mecánica que estaba arrumbada en una esquina de la torre. Era un trasto viejo que no encendía. Deema hubiese podido repararla, pero Bambú se negó. Algo de su pasado, sin dudas.

El ingeniero salió de la cama y, media hora más tarde, Tornillo y él estaban desayunando un poco de carne salada. Tremebundo apareció gateando por el túnel.

—Está todo listo —anunció—. Podemos salir este mediodía y hacer noche en los límites del Bosque.

Von Deema asintió.

—Serán al menos seis horas hasta el borde si tenemos que atravesar el desarmadero. ¿Está seguro de seguir en esa dirección, *Professor*?

El viejo se apoyó en el escritorio. Miraba los libros con nostalgia.

—El lugar está pasando el Bosque —dijo—, varios kilómetros más allá. Es todo lo que pude averiguar. No es mucho, pero estoy seguro que seguimos la pista correcta.

—Nadie suele meterse tan adentro en el *schrottplatz*. Y no creo recordar historias sobre el territorio al que vamos.

—Precisamente —bufó el viejo—, es por eso que nadie pudo dar con el titán. Le aseguro que existe.

—Sería sensato rodear el Bosque. ¿No le parece?

Tremebundo negó con la cabeza.

—Tengo un mapa reservado del Termonúcleo donde figura la localización de los puestos de guardia. —Sonrió con tristeza—. Nunca logramos pasar sin llamar la atención.

Tornillo saltó de la silla y fue corriendo a treparse a la torre. Era ágil como para brincar, agarrarse del techo y desaparecer por el agujero.

—Me parece curioso —Deema hablaba sin sacar la vista del plato— que se atreviera a viajar solo. Los páramos son territorio hostil.

—Pensé que podría contratar un par de mercenarios en el Fuerte del Mar. Estamos a tres días de caminata. Vine a las lindes del Bosque para ocultar mi carro y planeaba regresar con custodia.

—¿Contratar a esos salvajes? Le hubieran robado, además de dejarlo en el desierto.

El anciano se rascó la cabeza.

—Supongo que no conozco mucho la vida fuera del Buen Ayre.

Von Deema señaló hacia la mano del profesor.

—Los engranajes se mueven —advirtió.

Bambú emergió del túnel.

—¡Tremebundo, te han seguido! —gritó.

Los hombres se volvieron hacia la chica. Tenía el rostro desencajado y sangraba a la altura de las costillas. Se apresuró hacia un armario donde guardaba una colección de fusiles y pistolas.

—¿El Termonúcleo? —preguntó el viejo, presa del pánico.

—¡Sí! —Bambú amartilló un fusil—. Creo que estuvieron todo el tiempo camuflados entre la chatarra. ¡Vamos!

—Pero... ¿a dónde?

Von Deema tomó un fusil y encajó dos pistolas en el cinturón.

—Por ahora, salgamos de aquí. Ya no es seguro.

—¡No, Lukas! —Bambú apoyó la espalda contra la pared y resbaló hasta quedar de cuclillas. Le dolía el costado. Pero apuntó al túnel—. Podemos defendernos mejor desde adentro.

El ingeniero se puso a su lado.

—¿Cuánto tiempo vamos a aguantar? —Hizo señas a Tremebundo para que se pusiera a cubierto—. ¡Vámonos por la salida de arriba!

El viejo corrió a meterse tras el escritorio y asomó la cabeza.

—¡Está loca, señorita! —Chillaba—. ¡Nos descubrieron!

—¡No me voy de aquí! —Se empacó Bambú—. No me sacan viva.

—El *Professor* tiene razón —coincidió Von Deema—. Aunque pudiéramos resistir esta vez, el Termonúcleo ya conoce la ubicación del refugio. No queda otra que escapar. —Sintió una punzada de angustia.

Hubo un estruendo. El refugio no se movió, pero oyeron cosas golpeando entre sí sobre sus cabezas. Al poco tiempo, una nube de polvo brotó del túnel. Segundos después, el ataque se repitió.

—Es como si estuvieran excavando —susurró Tremebundo.

Bambú se desesperó. Miró hacia el agujero del techo, justo a tiempo para ver aparecer la cabecita rubia de Tornillo. Estaba colgando boca abajo y los llamaba con las manitos.

—¡Es la niña! —Advirtió el profesor—. ¡Quiere que salgamos!

El tercer estruendo vino acompañado de más polvo. Una estantería se derrumbó. Algo estaba viniendo por el túnel lateral.

—¡No, no! —Bambú disparó hacia el hueco.

Otra explosión hizo temblar las paredes. Tremebundo corrió hacia Von Deema y lo tomó del brazo para que se pusiera de pie. El ingeniero lo entendió, dejó el fusil en el piso y ayudó al viejo a encaramarse sobre sus hombros. El aire se había llenado de polvo de óxido, nublándole la vista. Creyó ver una escurridiza masa negra mientras Tremebundo era izado por el agujero y desaparecía.

—¡Tornillo! —Gritó, aterrado, pero la niña asomó, sonriente y con los pelos de punta, por el agujero. Deema se volvió hacia Bambú.

—¡Vamos, *Fräulein!* ¡Por aquí!

Bambú volvió a disparar al túnel, se puso de pie y miró hacia el techo. Tenía el rostro desfigurado por la ira. El hombre pensó que iba a liquidarlo. Sin embargo, sacudió el caño del arma hacia la abertura, para indicarle que trepara. Deema intentó subir, sin éxito. Hubo una nueva explosión. La chica soltó el fusil y entrelazó las manos para que el ingeniero la usara de escalera. Tornillo estiró sus manitos y lo ayudó a trepar. Luego, echando una última mirada en dirección a su baba mecánica, Bambú saltó hacia el agujero, se agarró de los bordes y subió.

En las gélidas regiones del sur, donde los dos mares golpean la roca del continente, se alza la blanca Emithiopea, la ciudad de los magos. Las agudas torres hieren el cielo, portando largos banderines que ondulan como advertencia a los viajeros, pero el corazón de la urbe está construido bajo la piedra para resguardar a su gente del furioso viento, capaz de congelar a hombres y animales. Es un laberinto de túneles iluminados con electricidad a veces, otras con hechizos. Sólo los magos, sus aprendices, ciertas mascotas y algunos androides de servicio tienen permitido el ingreso a la ciudad.

Varios niveles por debajo de la superficie, se encuentra el gran lago de Emith el Anciano, de cuyas serenas aguas se dice provenir el poder de los magos. Allí también yace la tumba del patriarca de la ciudad, quien fuera el primero de los hombres del sur en desarrollar su poder mágico, unos pocos años después de la guerra.

Tremebundo cerró el pequeño libro de tapas rojas. Estaba bastante seguro que los académicos de la universidad llamaban magia a un tipo de tecnología perdida en el tiempo. No podían explicar el funcionamiento de muchas cosas, aunque llevaran años estudiándolas. Los motores de vapor casi no guardaban secretos, pero la electricidad no tenía explicación. Tampoco los implantes que la mayoría de los pobladores usaban para sobrevivir.

En la capital imperial era común ver calles y avenidas iluminadas por miles de lamparitas eléctricas. En los suburbios, en cambio, la única luz provenía de las farolas a gas. Los enormes relojes de las torres municipales se movían con mecánica simple, péndulos, ruedas, contrapesos. Los carros, tranvías y dirigibles funcionaban con motores a vapor. Pero los televisores en los escaparates lucían imágenes en blanco y negro, transmitidas gracias a la magia del Termonúcleo. Allí, sobre todo, se expresaba el poder de la tiranía gobernante.

El profesor recordó la nave que los había atacado días atrás. Un globo acorazado, negro y enorme. No producía el típico sonido de hélices o motores. Era quizás eléctrico, y eso significaba que el Termonúcleo tenía más fuerza de la que ostentaba.

—No debe faltar mucho para dejar el *schrottplatz* —comentó Von Deema, maniobrando como podía entre los caprichosos pasadizos de escombros y chatarra.

Tremebundo le palmeó la pierna. El ingeniero conducía el carro con mucha soltura. Tenía un solo ojo disponible. El otro estaba cubierto por el vendaje que el profesor había improvisado con una servilleta a cuadros, herencia de su difunto padre. Le había costado usarla para eso, pero, de lo contrario, habría un tuerto en el grupo.

El carro era una máquina relativamente moderna, construida con partes antiguas en base a fotografías de época. El propio Tremebundo lo había pintado de verde oscuro, para que destacaran los rayos dorados de los neumáticos, que eran blancos. El motor iba a la vista y el volante se podía intercambiar de conductor. Tenía dos asientos muy cómodos en la parte delantera y uno más pequeño en la trasera, seguidos por una cola ovoide donde destacaban el baúl, el depósito de combustible y un par de lámparas de gas, mucho más decorativas que útiles.

En el asiento trasero, Bambú volaba de fiebre. Iba murmurando en sueños. Estaba herida en varias zonas del cuerpo, aunque lo peor era el costado, que todavía sangraba si se movía demasiado y cuando el vehículo saltaba sobre los escollos. Más atrás, Tornillo leía con los ojos muy abiertos. Von Deema había improvisado un pequeño taburete sobre el baúl. La pequeña niña estaba bien sujeta con tiras de cuero y, desde luego, muy ofuscada. También había sufrido cuando, en el último instante antes de escapar, una esquirla se le metió en la espalda.

—No hay nada que quiera más —dijo el profesor— que salir de este desarmadero. Sólo ruego que estemos bien encaminados.

—El sol no falla, *Professor*. Vamos siempre hacia el noroeste, como usted indicó. Estamos demorando casi el doble por los rodeos que damos. ¡Si hubiera calles en el Bosque de Lata!

Tremebundo oteó el cielo. Al menos, habían tenido la suerte de no toparse con el zonda ni con más Desperfectos. El ocaso llegaría en una media hora. Era sensato acampar y atender a los heridos.

El carro se desplazaba lento en ese momento, pero, cuando era posible, Von Deema hundía el acelerador. Le preocupaba la nube de polvo que levantaban al pasar, aunque no sería algo visible desde lejos, ni tan extraño como para llamar la atención. Había muchos motivos por el que el Bosque tosía el polvo rojizo. Entre ellos, que era como todo viejo. Se

agitaba un poco y botaba los pulmones. Esos días habían sido muy movidos.

—¿Qué piensa usted —preguntó el ingeniero— del androide que nos atacó a la salida del refugio? Nunca los había visto tan grandes.

Tremebundo lo pensó. Era un monstruo metálico, feroz. Esa máquina resultaba mucho más peligrosa que cualquier Desperfecto. La misión estaba en grave riesgo.

—Un modelo raro —dijo—, algo que el Termonúcleo tenía bajo la manga. Lo vi por primera vez cuando llegamos al refugio. Era el mismo que nos atacó esta mañana.

—Estuvo esperándonos durante días.

Tremebundo asintió.

—Y por poco nos liquida. Espero que no haya otro de esos.

—Tuvimos un golpe de suerte —Von Deema silbó—. Hubiera sido imposible poner en marcha el carro si los Desperfectos no se ponían a pelear entre sí.

En efecto, Tremebundo y Tornillo habían saltado fuera de la torre, seguidos por Deema y Bambú, en el segundo previo a que todo estallara. Una granada había volado la pared de chatarra que escondía la construcción, otra reventó la cúpula. Los Desperfectos que estaban sitiando la entrada superior brincaron en pedazos. El que disparaba las granadas era el androide, al que parecía no importarles los demás mientras pudiera destrozar a los fugitivos. Eso había hecho que los Desperfectos restantes, que estaban penetrando por la entrada lateral, se volvieran contra su robótico compañero de aventuras y comenzaran a dispararle. En un instante, el androide estaba al rojo vivo, pero siguió con sus bombas.

El grupo aprovechó el caos para escabullirse, mientras alrededor llovían paraguas, piernas, brazos. Y tal vez alguna que otra cabeza. Los Desperfectos, además de estar locos desde antes de los implantes, eran célebres por circular un poco podridos.

Bambú los había guiado al escondrijo del carro. Luego, como en toda escena de acción, demoraron en ponerlo en marcha hasta el último minuto. Cuando por fin salieron pitando de la balacera, se llevaron varias heridas como recuerdo.

Tremebundo volvió a mirar a la joven.

—Esta chica necesita reponerse —lamentó—. Nos va a demorar.

Von Deema sintió un profundo miedo. Hasta el momento en que había conocido a Bambú, no le importaba demasiado el lugar donde pasar la noche. Ni otra persona que no fuese él mismo.

—Quiero que sepa algo, *Professor* —dijo, disminuyendo por reflejo la velocidad del automóvil—. Hago esto por la chica. Lo acompaño en su

búsqueda, pero, en el *ungehindert* caso de que encontremos al titán, me negaré a modificarlo.

Tremebundo volvió la vista al sendero.

—Creí que le entusiasmaba la tecnología —rezongó—. No hay nada más antiguo y sorprendente que la mecánica de los titanes.

Von Deema sacudió la cabeza. Lo miró con un solo ojo.

—Usted oculta algo, *Professor*. Y no me gusta. Por algo lo persigue el Termonúcleo. No se trata sólo de un libro.

—También quieren al titán. —El viejo no quitaba la vista del camino—. Uno solo de ellos podría vencer al régimen.

En ese momento, Tornillo lanzó un chillido. Casi al mismo tiempo, una lluvia de balas salpicó el camino.

El androide se acercaba a grandes zancadas.